

XVIII
1559(A)

ELOCIO FVNEBRE
DEL INVICTO GENERAL ESPAÑOL
MARQUES DE LA ROMANA.

POR
EL R. P. M. FR. JUAN FACVNDINO SIDRO
VILARROIG,
TEÓLOGO PRIMARIO DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA,
EXAMINADOR SINODAL DEL ARZOBISPADO, PREDICADOR
TITVLAR DE LA M. I. CIUDAD, I TERCERA VEZ
PROVINCIAL DEL ÓRDEN DE S. AGVSTIN.

VALENCIA:
IMPRENTA DE MANVEL MVÑOZ I COMPAÑÍA,
PLAZA DE S. AGVSTIN. 1816.

*Floerunt eum omnis populus Israël planctu
magno . . . et dixerunt : quomodo cecidit
potens qui saluum faciebat populum Is-
raël? 1. Mach. c. 9.*

Estas palabras con que el Espíritu Santo quiso honrar la memoria del valeroso caudillo del pueblo de Israel Judas Macabeo, son las mas propias para manifestar de algun modo el justo sentimiento de nuestra generosa Nacion, i señaladamente de nuestros beneméritos ciudadanos, que obligados con preferencia, i movidos entrañablemente del espíritu de piedad i de religion que los caracteriza, acuden hoy á este santo Templo á ofrecer sus votos al Altísimo por el descanso eterno de aquel invicto héroe que tanto se afanó por nuestra defensa, i en cuyo heroico valor i celo por la causa pública afanzábamos todos el feliz éxito i total recobro de nuestra suspirada libertad. Sin que yo le nombre, i al oír solo dichas palabras, no puede menos de renovarse en vuestra memoria la sensible pérdida del gran Romana, que pereciendo al mismo tiempo

que iba á realizar por su parte el bien premeditado plan (1) de la destruccion del tirano, nos dexó tan desconsolados, que despues de seis meses (2), i en medio de haberle sucedido el nuevo Jonatás (3), que por su acreditado valor i pericia militar debe llenar todas nuestras esperanzas, no hemos enxugado aun nuestras lágrimas por su muerte prematura. Sírvanos pues de alivio aunque pasajero el tributarle ahora las mismas honras que en lances semejantes vemos canonizadas en los sagrados libros (4); i haciendo pública demonstracion de nuestros duelos en la triste memoria de ese lúgubre cenotafio,

1 Hábbase del plan que tenia concertado con el ínclito Lord Wellington, su íntimo amigo; plan que inutilizó los de Masena, i aniquiló su ejército formidable, que habia llegado hasta la línea de Torres-Vedras.

2 Falleció en su Cuartel General de Cartajo el 23 de Enero de 1811, á los 49 años de edad; i sus Exéquias decretadas por la M. I. Ciudad de Valencia para el

mes de Agosto del mismo año en la Santa Iglesia Metropolitana, no se pudieron celebrar entoncez por la invasion de los enemigos.

3 El Excmo. Sr. General de nuestros ejércitos D. Francisco Xavier Castaños, bien conocido en nuestra Nacion por su gran politica i gloria militar.

4 Genes. cap. 50. v. 10. II. Reg. cap. 3. v. 31. II. Paralip. cap. 32. v. 33.

demos un pequeño desahogo á nuestro oprimido corazón prorumpiendo como los Israelitas en aquella admiracion llena de amargura: ¿cómo ha muerto este campeón que salvaba al pueblo de Israel? *quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?* Señor, ¿cómo habeis permitido que se cortase repentinamente el precioso hilo de aquella importante vida que habiais procurado salvar de tantos riesgos i trabajos, dexando burlados siempre los pérfidos ardidés del cruel enemigo? *quomodo cecidit?* ¿Bien era posible que un hombre tan magnánimo, elegido al parecer como Moises para libertar á su pueblo, i que anduvo sin cesar de combate en combate, siempre vencedor i jamas vencido, hubiese de perecer en el momento crítico en que mas confiábamos de su valor? *quomodo cecidit?* Angeles tutelares de nuestra religiosa nacion, que velais de continuo sobre nuestra pública felicidad, ¿cómo os desentendisteis en este lance de tan grande interes, i no hicisteis los mayores esfuerzos para evitar el fatal golpe que tanto nos allige? *quomodo cecidit?* Mas ¿quién será capaz de penetrar los juicios del Altí-

simo? ó quién pudo gloriarse de ser su consejero? Adoremos, Señores, como es justo el órden de la Providencia, i besemos con sumision la poderosa mano del Señor, que nos castiga por haber fiado tal vez en el heroismo del difunto más de lo que debíamos, con notorio agravio de su infinito poder. Sí, oyentes míos: Dios nuestro Señor, que segun la frase de la sagrada Escritura, puede anonadar en un instante á nuestros enemigos por innumerables que sean, i enviar legiones de Angeles á millares para nuestra justa defensa; ha querido siempre que nosotros peleásemos para defendernos, i no se ha desafiado de apellidarse Dios de los Exércitos, nombrando á veces los Generales, i vinculando las victorias en nuestra firme confianza de su soberana proteccion. Así leemos que el ejército de las once tribus, que contaba quatrocientos mil combatientes, fue derrotado una i otra vez por el de los Benjamitas, que no excedia de veinte i cinco mil, dexando en el campo de batalla quarenta mil muertos; no obstante que era justa la guerra, i que el mismo Dios la habia aprobado nombrando General á ruegos del pue-

blo, segun es de ver en el libro de los Jueces (1). Al contrario Gedeon, lleno de confianza en el brazo del Señor, arrolló el formidable ejército de los Madianitas solo con trescientos hombres, no habiendo Dios querido que llevase mas gente para que no se gloriara Israel, i dixera por mis fuerzas me libré: *ne gloriatur contra me Israël et dicat meis viribus liberatus sum* (2). De donde se colige, que la gran derrota que sufrieron los israelitas por la pequeña tribu de Benjamin, debe atribuirse á que confiaron mas de sus fuerzas que de la ayuda del Señor, como lo explican los PP. de la Iglesia.

Ahora bien: desde los principios de nuestra santa revolucion estamos observando una misteriosa alternativa de sucesos prósperos i adversos, que bien considerada, no nos dexa dudar que el Señor está del todo decidido á nuestro favor, i que se sirve á veces de nuestra misma debilidad para castigar i confundir el temerario orgullo del furibundo Nabuco; pero yo advierto que nuestras pérdidas i nuestras victorias han guardado cons-

1 Léase todo el cap. 20. 2 Cap. 7. v. 2. et seq.

tanamente la razon inversa de nuestros leales esfuerzos, habiendo sido vencidos quando mas confiábamos salir vencedores, i logrando ventajas increíbles quando menos podíamos esperarlas: mas diré, habiendo perdido, sin saber cómo, plazas i fortalezas inconquistables, de cuyas results nos considerábamos esclavos, i viéndonos de allí á poco revestidos insensiblemente de un nuevo espíritu capaz de hacer frente á los que eran tenidos por irresistibles. Hablo, Señores, de unos sucesos tan públicos i recientes, que sería por demas referirlos: basta insinuarlos, para que os deis todos por entendidos de la celosa conducta del Señor en semejantes lances; i lejos de atribuir la gloria á la fuerza de los exércitos, ó á la sabia direccion de los Generales, reconozcais, mal que les pese á los incrédulos, el verdadero origen de todas las victorias: *ne gloriatur cet.* Oxalá hubiéramos nosotros guardado siempre tan cristiana moderacion respecto del difanto, mirándole como un enviado del Señor para nuestra justa defensa. Ah! el entrañable afecto que le teníamos, el singular concepto que habíamos formado de su valor, i el

abandono en que nos velamos por la escandalosa prevaricacion de muchos pèrfidos que debian ser nuestros defensores, nos hacia suspirar de continuo por su feliz regreso hallándose en el Norte, por mas que lo creáramos imposible. Dios en fin inclinado á nuestras súplicas, i compadecido de nuestros trabajos, por haber hallado quizás entre nosotros mayor número de fieles del que echó menos en las ciudades de Pentápolis (1), dispuso su venida venciendo obstáculos, i valiéndose de medios como humanos, pero raros i extraordinarios: i nosotros distraidos con su presencia, i embelesados con su decidido patriotismo, lejos de reconocer la oculta mano que le dirigia, cifrábamos en él nuestra felicidad i absoluta independenciam. En suma, todo, todo lo esperábamos de su patriótico heroismo; i ved ahí que el Señor, queriendo castigar nuestra presuncion i alentar al mismo tiempo nuestra verdadera confianza, despues de haber contenido el ímpetu del furor enemigo con la intrepidez de este campeon invicto, nos le arrebató de improviso, haciéndole víctima de nuestras lisongeras esperanzas. Sea Dios ben-

1 Léase el cap. 18. del Génesis v. 24. hasta el fin.

dito. *Quomodo cecidit potens qui saluum faciebat populum Israel?*

Consolémonos pues, Católicos, consolémonos en el Señor; i habiendo implorado ya su infinita misericordia por la eterna paz del difunto, mediante el tremendo sacrificio de nuestra espacion que acabamos de ofrecer en esas aras, demos gloria á Dios por su bondad en haberse dignado reunir maravillosamente en un solo héroe las virtudes i exemplos de todos los héroes, al mismo tiempo que permitió por su justicia que viese el mundo aparecer un monstruo lleno de los horrores i maldades de todos los monstruos. Sí, Señores: el gran Romana, fuego abrasador de las entrañas del gran Tirano, fue héroe de héroes. Entendedlo bien: no solo fue héroe como militar, lo fue igualmente como sabio, i no lo fue menos como ciudadano. Esto es mi concepto; i lejos de pensar que me excedo en tan singular elogio, me cabe la satisfaccion de que sin valerme de los coloridos del arte, ni de los perfiles de la lisonja, tan impropios de este lugar, como agenos de mi profesion i estado, la sencilla relacion de sus

acciones, cubiertas con el velo de su natural modestia, i de la regularidad i llaneza que observasteis uniformemente en su trato, os dará á conocer desde luego un talento superior i un espíritu sublime, adornado de las virtudes morales, políticas i militares, que forman el carácter de un Sabio con discrecion, de un Militar sin orgullo, i de un Ciudadano sin preocupacion. Retrato de la Romana: héroe inmortal, i gran benemérito de la religion, del rei i de la patria. Quiera Dios que yo acierte á llenar este gran concepto de un modo que no desdiga de las presentes ocurrencias, i de la dignidad del sagrado ministerio, para que pueda servir al difunto de verdadera gloria, i á vosotros de sólida instruccion i aprovechamiento.

No me atreviera yo á proferir en este lugar santo el augusto nombre del difunto General de nuestros exércitos Marqués de la Romana, ni á celebrar sus proezas militares por mas heroicas i admirables que sean,

si no entreviese en ellas la solidez de un noble i religioso espíritu que infunde la filosofía cristiana, cuyas máximas son como la piedra de toque para discernir las acciones dignas de alabanza. Un varón sabio, un héroe militar, un ciudadano honrado, en quienes se eche menos la sublime ilustración de aquella admirable ciencia que no se aprende sino en la escuela gratuita de la religión, podrán distinguirse por sus memorables empresas que parezcan prodigiosas; pero estas mismas si se miran á buena luz, i se examinan en la fiel balanza del santuario, se hallarán sin mérito para ser elogiadas delante de los altares. Bien veo que estas verdades han de ser odiosas á los nuevos protectores del tolerantismo (1), que confundiendo las hazañas que el mundo aplaude en los paganos i deistas con las de los héroes católicos que celebramos cristianamente en los templos, quisieran hacer comunes los elo-

i Llámense *nuevos portes*; i siendo ésta verdadera, que antes que saliese á luz como confiesan ellos mismos, el *Emilio*, no había llegado es preciso que sea única, por la impiedad al extremo de ser una la verdad de su fe, i querer avasallar nuestra santa uno el Dios verdadero, que Religión haciéndola *tolerante* aborrece toda falsedad.

gios mirando con reprehensible indiferencia el alma de sus acciones. Mas ¿qué tiene que ver la luz con las tinieblas, i Cristo con Belial? Miserables! que deslumbrados con el falso brillo de los aplausos, no llegan á entender que los mayores sabios, los mas famosos campeones, i los magistrados mas célebres que ha tenido el mundo, si han vivido sin religión, ó la han hollado con su conducta, todos están sufriendo el interminable castigo de su egoísmo criminal i sacrilego, por haber trocado la gloria del Criador en vanagloria suya, i haber sacrificado al ídolo de su ambición los preciosos talentos que debieron emplear en obsequio de su Hacedor. Dichoso pues tú, ó gran Romana, que criado felizmente en el seno de la religión, i alumbrado con la antorcha brillante de la divina lei, no fuiste envuelto en la comun desgracia de aquellos infelices, que habiendo nacido en la obscura noche de la infidelidad, ó cerrado voluntariamente los ojos á la luz de la verdad, acabaron sus dias estando muy de asiento en las tinieblas del error i en las sombras de la muerte: dichoso, vuelvo á decir mil veces, por haber-

te deparado el cielo unos padres exemplarmente virtuosos, que desvelándose para preservarte de las máximas halagüeñas del vulgo vano i corrompido, te condujeron desde la cuna por el camino seguro de los mandamientos del Señor, repitiéndote á menudo con el sabio Salomon (1): *Guarda, hijo mio, los preceptos de Dios tu padre, i no abandones la lei de la santa Iglesia tu madre.... quando anduvieres, vayan contigo; quando durmieres, sean tu guarda; i quando despiertes, habla con ellos* para que te aconsejen i sirvan de guia en todas tus acciones. Tal fue, Señores, el dichoso nacimiento del Marqués de la Romana, i tales los primeros ensayos de su cristiana educacion. Dotado de un talento superior, aunque tardo en la apariencia por ser mui profundo, inclinado á la milicia por el exemplo de los suyos, i primogénito de una familia igualmente noble, que rica i opulenta, grabó mui pronto en su corazon con caractéres indelebles aquella advertencia dictada por el mismo Dios (2): *No se glorie el sabio en su*

1 Prov. c. 6. v. 20. 2 Jerem. c. 9. v. 23.

saber, ni el fuerte en su valor, ni el poderoso en sus riquezas, trazando segun ella el plan de su heroismo.

Oid pues sabios engreidos con los vanos conocimientos de una ciencia estéril que hincha mas que ilustra: oid guerreros encaprichados con las ideas altaneras de una superioridad absoluta destructora de la especie humana: oid ciudadanos poseidos del interés propio i abandonados á una vergonzosa inaccion i perjudicial indolencia acerca de los intereses de la sociedad política i cristiana; oid i confundíos: fixad los ojos de vuestra atencion en el quadro que os presenta la historia de la Romana, i copiad con esmero los rasgos mas análogos á vuestros deberes, para escusarme á mí la molesta confusion de haber de retocar una i otra vez los mismos pasages, por brillar en todos igualmente la sabiduría, el valor i patriotismo de nuestro héroe, que vais á ver en la sencilla relacion de sus principales acciones.

Vn feliz acaso, mejor diré, la sabia Providencia que prevee los acasos i los ordena para sus altos fines, hizo que naciese la Ro-

mana fuera del solar propio de su casa, que cuenta entre nosotros tantos siglos de antigüedad como han pasado desde la conquista del Reino. Pero Mallorca, la isla de Mallorca que logró la dicha de verle nacer en su recinto, i renacer en la Iglesia de Palma, nos le restituyó quanto antes enviándole todavía lactante para completar el gozo de su esclarecida parentela. No me detendré en referiros los gloriosos timbres de esta familia, ni los grandes modelos de virtud, sabiduría i valor que ha dado en todos tiempos á la religion i al estado; porque á mas de ser público i notorio á todos lo mucho que se podria decir acerca de sus glorias verdaderamente inmortales, ¿de qué le serviria á la Romana haber nacido de la mas ilustre prosapia, i contar entre sus ascendientes héroes i mas héroes, si su mérito personal no hubiera correspondido ventajosamente á la nobleza de su linage? No es, Señores, que yo apruebe la temeraria insolencia de algunas almas baxas, que confundiendo groseramente las ideas del honor con los derechos naturales del hombre, declaman contra la nobleza, mirándola como

un fantasma inventado por la prepotencia, i sostenido por los medios injustos de una vana política. Sé muy bien quanto vale ser noble; i que el mismo Dios queriendo hacerse hombre, en medio de un estado llano i humilde, prefirió una ascendencia la mas noble i acendrada. Solo pretendiendo que la nobleza sin un proceder honrado i generoso, no sirve al que la hereda sino de deshonrarle, haciéndolo infame i despreciable delante de Dios i de los hombres.

Lejos de la Romana semejantes recelos, debo aseguraros que no respiré mas vida que la del honor; i que habiendo nacido con él todas las virtudes que formaron su ilustre patrimonio, las acrecenté con usura, pudiendo decir con verdad lo que escribí sin jactancia á uno de sus deudos, á quien miraba con muchísimo respeto: „Sé, la quita de interes con que debo contribuir al lustre de mi familia, i he procurado, satisfacerla.“ Esta noble i uniforme conducta de la Romana en todos los periodos de su vida no me permite pasar en silencio sus primeros años, contra la idea de

algunos Oradores que para elogiar á sus héroes se ven precisados á echar el velo á su infancia i juventud, ya sea que semejantes á la luna deben presentarlos como de repente en el lleno de su carrera para hacer que brille su mérito, ó ya que aunque se parezcan al sol por el resplandor de sus luces, nacieron entre densas nubes que no pudo disipar el aire de la buena educacion que no tuvieron, ni los rayos de sus talentos, cuya fuerza se iba aumentando poco á poco, al paso que se acercaban al zénit de su ilustracion. El jóven Romana no tuvo menguante como la luna, ni nubes como el sol; antes bien despidió siempre los rayos de su ingenio proporcionalmente al horizonte de su edad. Observadle con algun cuidado i atencion en su infancia, i vereis un niño dócil i obediente á sus ayos, i de tan gran viveza i penetracion, que sin tener aun bien expedida el habla, es ya susceptible de ideas i conocimientos propios de un adulto, instruyéndose con rapidez en los primeros elementos de la religion i de las artes, que como semillas escogidas produxeron con el tiempo copiosos i sazonados frutos de ciencia i de

virtud (1). Como hijo de Marte, esto es, de un guerrero ilustre, víctima de la subordinacion i del partido en la expedicion de Argel, descubre luego su inclinacion á las armas: feliz presagio de la importancia de su valor para contener al Tirano que no conoce otra ley ni otra religion que la fuerza. Se impone pues á fondo en el ramo de artilleria, aprende de memoria las ordenanzas de la milicia, i agitado del espíritu marcial que heredó de su padre, se llena de entusiasmo de gloria militar. No le vereis jamas en el lecho del ocio, ni distraido en los juegos i diversiones propias de la niñez: su recreo fuera de las horas de estudio es el exercicio de las armas; su entretenimiento el cañon, el mortero i el obus de calibre proporcionado á su delicadeza. Vedle en el jardin de su casa manejando estas armas con la destreza de un veterano: salid á la barbaca de ese rio junto á Monte-Oliveto, i le vereis allí formar su bateria, colocar las piezas i tirar al

1 Consta de documentos en las lenguas latina i francosedignos impresos el año sa, en la música, en la geografia, en el dibujo &c. lo que años que estaba ya instruído seria de admirar en un adulto.

blanco, dando saltos de placer cuando acierta los tiros. Notad de paso el regalo que le proporciona su buen padre en medio de todas estas tareas: frio, calor, hambre, sed, vigiliias, i baños en lo mas fuerte del invierno, son los alivios que le procura su paternal cariño, para acostumbrarle á los trabajos é incomodidades de la milicia, i hacerle á prueba para las oourencias de la guerra (1). Aprended nobles, que criais vuestros hijos con tanto mimo como si fueran descendientes de los dioses que refiere la fábula, persuadidos tal vez aunque vanamente de que el privilegio de haber nacido nobles os da un derecho privativo al luxo i al regalo; aprended de la Romana la verdadera idea de la noble educacion de vuestros hijos, si quereis tener el gozo de verles algun dia servir á la patria en los gloriosos destinos correspondientes á su distinguido nacimiento.

Colegid ahora vosotros los rápidos pro-

1 De aquí nacia el haberse hecho superior á toda incomodidad. Me acuerdo de haberle visto el año 1784. andar por las calles de Madrid en el rigor del invierno vestido de tellilla, con la cabeza descubierta, que daba frio solo de mirarlo.

gresos que ha de hacer este admirable jóven, ya sea por las letras, ya por las armas, ó en qualquier destino que le depara la suerte ó le señale la sabia discrecion de su illustre padre. Mas como los grandes ingenios son regularmente los que mas necesitan de freno para que no se malogren, precipitándose en el abismo de las pasiones que suelen asaltarlos con mayor ímpetu; trata luego el Marqués su padre de ponerle á cubierto de todo riesgo, colocándolo en el Real Colegio de Leon de Francia, que era entonces una enciclopedia viva, i pasaba por la casa de educacion mas cabal que se conocia en la Europa. Envíale en efecto al cuidado de una respetable Señora hermana del Marqués, tan distinguida por sus talentos como por sus virtudes, la que le acompaña en el viage i le alimenta con la pura leche de la buena doctrina durante su mansion en aquella Ciudad insigne: ya se ve, estaba destinado segun vemos este nuevo Moyses para libertar á los de su nacion del poder de los nuevos egipcios, i convenia por lo mismo que se instruyese en sus misterios, genio i costumbres, para dar salida á una empresa tan ár-

aquella época de su feliz educacion. Porque no os figuréis vosotros que los progresos de este jóven en los varios destinos en que le hemos visto hasta ahora, se cifran solamente en haberse aventajado á todos los de su clase con respecto á los elementos de las artes i ciencias que suelen enseñarse en los colegios de los nobles: no, Señores, este jóven singular siempre fue adulto para los estudios, i no conoció límites en materia de instruccion. Se le educaba, sí, para militar; pero él iba para sabio, i en sus altas ideas entraba ya el prospecto de un verdadero ciudadano. De aquí es que no contento con el conocimiento de las lenguas patria i latina, cuyo estudio suele satisfacer á los mas distinguidos en la carrera militar, se dedicó al de las orientales griega i hebrea, teniendo sus delicias en trasladar los autores clásicos, i en cotejar las mas antiguas i mejores ediciones, para penetrar á fondo las sabias máximas de moral i política de que están llenos sus escritos. De aquí el afán de entender las lenguas vivas, la inglesa, portuguesa, italiana, francesa, prusiana i alemana, á fin de disfrutar la lectura de los autores célebres

de todas las naciones. De aquí en fin su instruccion universal en las letras humanas i divinas, en la mas sublime i sólida filosofía, en la historia natural, sagrada i profana, en las matemáticas puras i mixtas, en el derecho natural i de gentes, en las artes liberales i aun en las mecánicas; pues á todo se extendia su deseo innato de saber. Tierno i delicado jóven ¿i cuándo dormías? ¿cuándo comías? ¿cuándo meditabas? ¿cuándo.... Señores, este admirable jóven, siempre ávaro del tiempo, no era capaz de desperdiciar un momento: no salia al paseo, no asistia al baile, no se ocupaba en el juego, ni acudia siquiera á las concurrencias propias de los jóvenes militares: i como estaba hecho desde niño á la sobriedad en todos los respetos de la vida humana, tenia tiempo para todo, i le empleaba escrupulosamente en hacerse cada dia mas útil en obsequio de la patria, de la religion i del estado. Ya no extrañareis que colocado en el Colegio de reales Guardias, se le nombrase luego alférez de fragata con preferencia á los mas antiguos; que de allí á poco se le ascendiese al grado de teniente; i que en la primera ocasion que tuvo de lu-

cirlo, se le hiciera capitán, en unos tiempos en que eran tan escasos los grados, i tan tardíos los ascensos, que en medio de hallarse entonces nuestra Marina en el mayor auge, apenas habia diez ó doce tenientes generales, no siendo á proporcion en mayor número los graduados subalternos.

Pero dexando aparte el distinguido mérito de la Romana, los mismos hechos justifican la eleccion i acreditan prácticamente la pericia militar, la intrepidez i celo benéfico de este jóven marino. Hablo, Señores, del trágico suceso de la guerra de Gibraltar, quando incendiado el buque de su mando, con otros del bloqueo, no quiso abandonarlo hasta poner en salvo toda la tripulacion en las lanchas, quedándose el último, sin mas arbitrio que echarse al agua por medio de las llamas, logrando salir del riesgo con el auxilio de los marineros que le pudieron recoger con harto trabajo: exceso de amor i celo que le hizo preferir á la suya la vida de sus compañeros! Ahora quisiera yo tener expresiones enérgicas para poder pintar con viveza i propiedad otro suceso mucho mas admirable que el que acabo de insinuar. Se

habia embarcado este jóven en el navío San Isidoro que salió de Cádiz para la Coruña, i hallándose en alta mar, se movió una borrasca que duró cinco dias con sus noches, tan furiosa i deshecha, qual no se habia visto jamás. Imposibilitase el comandante, la tripulacion desfallece, el buque zozobra, piérdense los palos á excepcion del trinquete, rómpense las tres cañas del timon, i se llena de agua la bodega; sin cámaras, sin velas, sin entenas ¡qué trastorno! ¡qué afliccion! Pero como el buen piloto, segun observa el Crisóstomo (1), en lo mas recio de la tempestad atiende á su arte i no á la ferocidad de las olas i de los vientos; sube la Romana por sí solo hasta tres veces á lo mas alto de la gavia, alienta con su exemplo á los marineros, les ruega, los regala, les ofrece; i siguiéndole como unos doce, envarga con ellos nuevo velámen, acude á la bomba como el mas infimo marinero, manobra sin cesar un instante, i á costa de su infatigable actividad i celo intrépido, logra sostener el navío hasta conducirlo con

1 S. Juan Chrisost. Hom. III. in Matth. n. 5.

seguridad á su destino. ¿Os parecé que hai premio que iguale al mérito de estas dos acciones? ¿no le hacen acreedor de justicia al honor i grado de capitan digno i benemérito? Con todo, hai á veces premios anfibios que siéndolo en realidad, llevan consigo ciertas miras que tarde ó temprano paran perjuicio á los mismos interesados; dígoles por que este bello jóven graduado de Capitan, despues del sitio de Gibraltar fue destinado á las Américas á pretexto de cierta comision, que seria tal vez por el ostracismo de alejarle del continente, ó dexarle en la clase de mero conductor. No es juicio temerario, si se atiende á la predileccion que le tenia aquel gran práctico, terror de los berberiscos, i tan aplaudido de todos como menospreciado de los suyos D. Antonio Barceló. Mas sea de esto lo que fuere, no estaba en el órden de la Providencia que la Romana continuase en la carrera de la Marina; habia nacido para mas, i no fué difícil conjurar esta tempestad i dejarle expedito para las heroicas empresas que le han hecho célebre en todo el mundo. Olvidad pues, Señores, olvidad quanto habeis oido hasta ahora de las be-

llas prendas, felices principios i rápidos progresos de la Romana que os habrán llenado de admiracion; pues todo ello no es sino un prelude, un bosquejo del retrato de este grande hombre. SABIO CON DISCRECION.

Los que piensan que la sabiduría se adquiere maquinalmente, i tienen por sabios á los que engolfados en los mas profundos estudios llegan á poseer perfectamente los sublimes conocimientos de las ciencias humanas i divinas, se persuadirán fácilmente que la Romana fue un sabio de primer órden, atendida la brillante carrera de sus estudios i la variedad de ciencias que adquirió con su talento i singular aplicacion. Mas no, Señores, no es lo mismo ser instruido que sabio, aunque la erudicion i doctrina contribuye mucho para la sabiduría, por ser la ciencia uno de los grados para adquirirla, como enseña mi G. P. S. Agustín que los explica todos por menor (1). No es pues sabio el que sabe mucho, como dixo ya un filósofo antiguo (2); sino el que haciendo un sobrio uso de la ciencia, i reflexionando que la que no

1 De doct. crist. lib. II. c. 7. *multa sapiens est. Aeschilus*
2 *Qui utilia novit non qui* ap. Stobaeum.

es útil con respecto al orden establecido por Dios en todo lo criado, no puede ménos de engendrar una gloria tan necia como vana, se estudia principalmente á sí mismo, rectifica su corazon, i procura aprovechar todas sus luces para la comun utilidad. Penetrado de estas máximas el Marqués de la Romana, bien provisto de conocimientos elementales i científicos, se resuelve á viajar á los países extrangeros, no por curiosidad como suelen algunos, ni por diversion i pasatiempo como acostumbran otros, i menos por emulacion como los extrangeros, que viajando en nuestro país con la buena acogida que nos es tan propia, suelen correspondernos con los dicitarios i calumnias de que están llenos los diarios de sus viages (1); sino para aprender en el gran libro del mundo lo que le pueda servir para rectificar sus ideas, moderar sus deseos, i facilitar mas i mas sus útiles i vastos proyectos. Con tan sabias miras i con la real aprobacion del difunto Carlos III, protector benéfico de todo lo bueno, emprende su via-

1 No pueden leerse con casi todos los extrangeros paciencia las sandeces i extravagancias que nos achacan que han publicado sus viages de España.

ge á la Rusia: no sabré decir si fue en derecho ni con que motivo prefirió aquel destino, aunque congeturo que seria para ver de cerca el teatro de la guerra que ardia entonces entre las Potencias del Norte; pero regresó mui pronto acompañado de un Coronel ingles con quien pasó inmediatamente á nuestra Corte. No debió ser mui larga su mansion, quando de allí á poco le veo ya en París, i luego otra vez en Petersburgo, de donde sigue su ruta al Palatinado, á las Flandes i á los Países Baxos, volviendo nuevamente á París: ya tenemos con esta dos ó tres visitas á la Corte de Francia. De allí parte otra vez para Suecia, Prusia i Dinamarca: pasa á Alemania, corre la Italia, va á Inglaterra, i por espacio de cinco años no para de recorrer las principales ciudades de la Europa (1). Oh! quién hubiera tenido la dicha de acompañarle en todos estos viages! ¡Qué conferencias tendria con los hombres sabios! ¡qué consultas con los mas célebres Generales! ¡qué conversaciones con los políticos i ministros de aquellas Cortes! i ¡cómo

1 La serie de sus viages con los suyos durante su resulta de la correspondencia que existe original.

se agitaria su espíritu con el trato de aquellos hombres grandes, i se llenaría de entusiasmo ardiendo en deseos de imitarlos, á la manera que Alexandro al ver en Cádiz la famosa estatua de Hércules! Yo, Señores, me lo figuro como una industriosa abeja en un jardín ameno i espacioso, lleno de varias i olorosas flores, que escogiendo i chupando ya de unas ya de otras el mas delicado jugo, formaria despues el sabroso panal de la exquisita miel de su sabiduría.

Pero ¿qué ventajas le acarrearón á la Romana tan inmensos viages, que no hubiera podido conseguir á menos coste sin salir de la España? ¿le habrían faltado aquí buenos libros, bellos modelos i quantos medios son precisos para hacerse un sabio consumado? Así, Señores, suelen discurrir algunos que preciados de sabios sin haber salido de sus hogares, tienen por inútil i aun perjudicial el arte de viajar. Mas dexando aparte que para ver mucho i bien no basta tener ojos i buena luz, sino concurre la variedad de objetos que llamen la atención i faciliten á la mente una prodigiosa combinacion de ideas grandes i magníficas; el exemplo de los

varones sabios de la antigüedad i aun de nuestros tiempos que nos han dexado escritas las memorias de sus viages para nuestra ilustracion, acreditan prácticamente la grande utilidad que nos resulta de viajar con discrecion á los países cultos de la Europa. Oh! si la Romana nos hubiera dexado una cabal historia de sus viages, qué observaciones tan curiosas admiraríamos en ella! ¡qué reflexiones tan profundas! ¡qué especulaciones tan sabias! ¡qué bellas descripciones, qué planes, qué rasgos diplomáticos militares i políticos! Pero á falta de estas bellezas de que nos ha privado su natural modestia i genial reserva; nos queda á lo menos como fruto de sus viages la variedad de máquinas que nos ha proporcionado su beneficencia, i la preciosa coleccion de instrumentos físicos y matemáticos que tanto han contribuido á los progresos de las ciencias. I ¿qué os diré del inestimable tesoro de libros raros i exquisitos que adquirió en todas partes, expendiendo en este ramo sumas increíbles? La brevedad del tiempo no me permite insinuar siquiera la inmensa variedad de obras antiguas i modernas de todas las ciencias que supo acau-

dalar su fina eleccion i delicado gusto. Baste pues decirnos que no veo en la nacion biblioteca alguna de particular, por mui copiosa i selecta que sea, que pueda compararse con la de la Romana. Gran biblioteca por cierto, podrá decir alguno; pero ¿qué los libros por si solos infunden ciencia? ó ¿es lo mismo ser bibliógrafo que sabio? ¿Para qué tantos libros.... i tan varios.... i en un militar? Esto mas parece vana ostentacion que empresa digna de un hombre sabio. Mas reflexionemos un poco.

Nadie puede negar, que algunas de nuestras bibliotecas se hallaban cargadas de libros inútiles: libros que lejos de enriquecer la república de las letras, antes la empobrecen, haciendo perder el tiempo á los estudiosos, i estragando el gusto que debiera reinar en las ciencias: libros, cuyos miserables autores con la manía de eternizar su nombre hicieron sudar las prensas de su tiempo, sin echar de ver, que en lugar de alabanzas no habian de lograr sino rígidas censuras en los siglos venideros: libros en fin de la clase de aquellos que Salomon deseaba quitar de las manos de los jóvenes; i de cuya multipli-

cacion se quejaba amargamente con estas palabras, que debieran servir de norma en la formacion de toda Biblioteca: *Faciendi plures libros nullus est finis: his amplius, filii mi ne requiras* (1). He aquí pues el intento de la Romana: esta fue el alma de su sabio proyecto en formar la grande biblioteca. Viendo que era por demas esperar que saliese algun Justiniano que hiciera con tales libros lo que aquel célebre emperador hizo con los de jurisprudencia; quiso formar una biblioteca que al paso que sirviese de norma, pudiera suplir en parte aquella sabia providencia; no permitiendo que en el alcázar de las ciencias que estaba á su custodia, entrasen sino aquellos que por su buen gusto, juicio i solidez, fuesen dignos de tan honrosa colocacion. Allí tenia la Romana sus honestas delicias; allí pasaba los dias i las noches haciendo el voluntario sacrificio de sus talentos; allí en fin le veriais siempre rodeado de libros, como yo le vi algunas veces, i como refiere Marco Tulio que vió á Caton en la biblioteca de Látulo.

1 Cap. último del Ecclesiastes v. 12.

Pero el caso es, que este acopio de libros de tanto aprecio, en vez de proporcionar al Marqués la sólida instrucción que desea con ansia para ser sabio, le puede perjudicar en extremo; porque entre ellos, podrían tal vez hallarse los de esos últimos filósofos libertinos é incrédulos, que idolatrando las tinieblas de la razon humana, i cerrando los ojos á las luces de la revelacion divina, llegaron á negarle á Dios la existencia, gloriándose de ser iguales á las bestias. Mas no temais, Señores: el Marqués de la Romana tiene el entendimiento tan claro, i el corazon tan bueno, que no puede dexar de advertir el cáncer que propagan semejantes libros, i de abominarlos como partos los mas perjudiciales de la malicia humana. Es verdad que su filosofia (ó por mejor decir su sabiduría) se extiende á hacer un sobrio uso de los que hai mejores en todas las ciencias; pues no hai autor clásico en ningun ramo ó facultad civil, eclesiástica, militar, sagrada ó profana, que se oculte á su penetracion i no sirva de pábulo á su lectura: pero sabe distinguir la luz de las tinieblas, los filósofos verdaderos de los falsos, los escritores

cristianos de los que son enemigos encubiertos del cristianismo; en fin la sabiduría que viene del Cielo, de aquella que Santiago llama terrena i diabólica. Conoce la debilidad de nuestra luz natural, i sabe que hai muchas verdades de suma importancia para todos, las cuales sin embargo no llegan á entender sino mui pocos con gran trabajo, i con mezcla de tamaños errores; i bien persuadido de que para suplir esta falta proveyó Dios á los filósofos cristianos las luces de su revelacion, acude á esta con frecuencia para contener i enmendar los errores i extravíos de la razon. En suma, le era familiar hasta la lectura de los Concilios, de los santos Padres i de la sagrada Biblia. ¿Os maravillais? no lo extraño, sino teneis la cabal idea de un militar sabio i cristiano qual era la Romana; pues su gran saber se fundaba principalmente en los sagrados libros del evangelio; i su táctica militar solia perfeccionarse en la historia de las guerras dictada por el Espíritu Santo en los quatro libros de los Reyes; mostrando en ello su sabia discrecion, i bebiendo en aquellas puras fuentes las saludables máximas que le sirvieron de norma

en la carrera de la milicia, en que fue mitado como prodigio de valor i modelo de la mas exacta disciplina. MILITAR SIN ORGULLO.

No hai pasion tan terrible i tan perjudicial al hombre, ya sea con respeto á sí mismo, ya en orden á la sociedad en que fue criado, como el orgullo; pues aunque es verdad que nace de la soberbia, i que ésta como vicio capitalísimo lleva consigo todos los desórdenes; pero el orgullo, el feroz orgullo, á la manera que las aguas quanto mas se alejan de su origen, se aumentan con los arroyos, i forman caudalosos rios que lo arramblan todo en sus furiosas avenidas; así tambien el orgullo, sostenido por los otros vicios que se le van agregando, obra con mas fuerza, i llega á causar un trastorno i ruina universal. Así vemos que los ángeles malos, cuyo primer pecado fue la soberbia, aspiraron á ser independientes del Criador; pero los hombres que una vez llegaron á ser dominados del orgullo como los reyes de Babilonia i de Tiro, de quienes habla la sagrada Escritura, i los emperadores Alexandro, Antonino, Domiciano i el dominante Corso, no contentos con tenerse por absolutos i de

un poder sin límites, quisieron ser adorados como dioses para afrenta de la divinidad. Yo no dudo que la superioridad, sea en el estado que fuere, sino va de acuerdo con la lei, i no está siempre moderada por la prudencia; ha de degenerar en una arbitrariedad absoluta, que producirá insensiblemente el total desorden, sino se ataja luego con el remedio de la lei. Pero en la milicia en que la razon de la lei, por mas clara i terminante que sea, está en la espada del que manda; si este por desgracia, engreido con sus luces, i vanamente satisfecho de su absoluto poder, sacrifica imperiosamente á su orgullo las fuerzas, por exemplo, de un ejército que se le ha confiado para la defensa de la religion i de la patria, ¿quién será capaz de contenerle? ¿i quién podrá calcular los males irreparables de su orgullosa vanidad?

Para evitar estos escollos, que conoció muy pronto el Marqués de la Romana, se prefixó dos máximas igualmente sabias i fundamentales en la carrera de la milicia: la una, que no es militar el que vence; pues esto depende á veces del acaso ó de la fortuna, sino el que sabe pelear; i la otra, que no es Ge-

neral el que manda los ejércitos, sino el que se hace digno de mandarlos: máximas que le sirvieron constantemente de norma, i le hicieron mirar con la mayor indiferencia los grados i los ascensos hasta el extremo de no haber solicitado ninguno, sobre haberlos obtenido todos con aplauso. I para que á nadie le venga á la imaginacion que podria valerse de sus deudos ó de sus amigos para entablar sus pretensiones, no debo omitir un rasgo de su heroismo; aunque sea á costa de un distinguido personage que todos hemos conocido. Quiso este persuadir al Marqués por escrito que debia solicitar la grandeza que le era tan debida, ya por sus relevantes méritos, ya por los de su familia; i para mas obligarle, añadió la amenaza de que perderia su amistad sino le complacia. Aquí, ó gran Romana, va á piquo tu filosofia: ó has de solicitar la grandeza, ó perderás la amistad que mas aprecias: no hai medio. ¿Pensareis qué delibera? Oid, Señores, la respuesta; oidla i aturdíos. „¿De qué le han aprovechado á V., le dice, sus lecturas de Marco Aurelio i otros filósofos, i su larga i trabajosa experiencia, si no ha sa-

, bido V. purgar su alma de las heces i redundancias de esta vida? Si aun á sus años, no ha aprendido V. á limitar sus deseos, sino que corre siempre tras unas sombras, de grandeza vana i pueril?... Romper nuestra amistad será sin duda el acto mas violento que he tenido en mi vida; pero no podré prescindir de pasar por ello... Lo que son honores, dignidades ect. le toca al gobierno conferir á los que halle beneméritos, i á nosotros recibirlos con gratitud; pero ambicionarlos i solicitarlos, me parece una gran locura.” (1) ¡O alma grande! ¿Os parece, Señores, que podria explicarse con expresiones mas heroicas un Sócrates cristiano? Ah! que bella leccion para aquellos jóvenes militares, que sin haber visto la cara al enemigo, i hallándose resueltos á no arrostrarle jamas, no piensan, ni tratan, ni se ocupan, sino es en ver como negociarán los ascensos, valiéndose tal vez de injustos medios, con grave perjuicio de la causa pública, i con notable agravio de los beneméritos. Cobardes! ¿de qué os podrá servir esa criminal hi-

1 Respuesta que dió el Sr. Caro en carta escrita á 26 de Diciembre de 1801.

dropesía de grados sobre grados, sino de degradaros i haceros abominables á la patria i á la milicia? Imitad á la Romana, procurando acreditar en cada grado que sois dignos de otro mayor, i dexad á la sabia discrecion del Soberano la justa recompensa, si quereis servir con honor i llegar como el héroe á la mas alta cumbre de gloria militar.

De hecho ¿quántos gefes se hallarán en nuestros exércitos que puedan contar los grados por batallas como la Romana? Recorred en vuestra memoria la historia de nuestras guerras en los últimos treinta años, i le hallareis en todas ya obedeciendo, ya mandando, i siendo el desempeño i la confianza de sus respectivos gefes en todas las acciones de mayor importancia. Vedle en el exército de Navarra al frente de las tropas ligeras i de la columna de granaderos agregada á las mismas, aterrando á los franceses, sin dexarles pisar jamas terreno español, i supliendo con su valor i con sus rentas la falta de subsistencias que escaseaba nuestro gobierno á aquel invicto exército, por el desafecto que se le tenia al general en gefe Don Ventura Caro, cuyo solo nombre es su ma-

yor elogio. Vedle en Cataluña, en donde lo mismo es presentarse al frente de su division, que contenerse dentro de sus límites el frances altanero, que ocupando poco antes el Ampurdan i la Cerdaña, amenazaba con sus victoriosas armas hasta las márgenes del Ebro (1). Vedle en Mallorca general en gefe del exército destinado contra Mahon en Menorca, hecho víctima del ardor i celo del honor español, que ve burlado por la cabala del gabinete, que en catorce meses que duró la expedicion jamas quiso condescender en que realizara su proyecto, en medio de haber hecho patente varias veces quan fácil le seria la conquista de aquella Isla. Vedle en fin.... Mas no le vereis ya: la emulacion i la perfidia tratan de consumir el mas horrendo sacrificio en las aras de la impiedad. El monstruo de Córcega, que vió frustrados sus designios de echar sus huestes en España con el especioso pretexto de pasarlas á Portugal,

1. Bien escarmentados quedaron los franceses quando se dexó caer sobre Aviñonet con solos 1200 hombres, haciéndoles una gran matanza, sin ninguna pérdida, i llevándoseles muchos millares de cabezas de ganado á vista de 140 de ellos, sin que se atreviesen á picarle la retirada.

mas con el malvado fin de apoderarse ya entonces de ambas Potencias, mudó de medio pero no de objeto; i poco satisfecho de sus fuerzas para sujetarnos, pensó en debilitar las nuestras arrancándonos las mejores tropas, en calidad de auxiliares, i arrojándolas al ingrato pais del Norte, para tenerlas esclavas, mientras él desenvolvía i ponía en práctica sus villanos planes. El débil i envidioso Privado que nos mandaba entonces para nuestra desgracia, no perdió esta ocasion de alejar de sí á la Romana, cuyo desafecto hácia su persona no se le ocultaba, i cuya intrepidez i constancia tenia bien experimentada. Dexo á vuestra consideracion el cruel tormento que sufriria la Romana al verse General de un ejército auxiliar de una nacion que aborrecia con odio eterno, i gefe de unas tropas que miraba como entregadas á discrecion por el vil déspota, i recibidas con el desden i vilipendio propio del usurpador. Mas como la Romana sabe obedecer, como buen militar, igualmente que mandar, sale de España al frente de su desgraciado ejército, penetra por medio de la Francia, que admira el buen orden i disciplina mili-

tar de sus soldados; i resuelto á sostener en todo trance el honor i carácter nacional, mira, observa, recela, calla, espera, i está siempre alerta contra los ardides i sorpresas que le prepara con el mas halagüeño disimulo la astucia del Tirano. Negra envidia, que abandonada á la felonía mides la lealtad de la Romana por tu criminal debilidad (1), ven si eres capaz de discernir en punto de honor, ven i verás que solamente un héroe tan sabio y político como la Romana pudo poner á cubierto el suyo i de su ejército, ya eludiendo las órdenes del cruel Antioco, ya haciendo inútiles las mas empeñadas tentativas del que fingiendo hasta ahora ser su aliado, se declara abiertamente su enemigo.

Gracias, dirán sus émulos, gracias á la Providencia que le abrió camino para escapar i salir del empeño; porque de otra suerte quien duda que la Romana se hubiera visto precisado á prevaricar con todo su heroismo i ceder á la fuerza. ¿Ceder? he aquí el único capítulo del arte militar que no pudo

1 Alude á la calumnia cir quien es, que dió motivo le quiso levantar aquel buen hombre, por no de-
palos.

aprender la Romana; pues su heroico valor no supo ceder jamas ni rendirse. Este esforzado David que habia vencido ya los osos i leones que infestaban nuestro territorio, hubicra arrostrado todos los peligros hasta triunfar de los diez mil filisteos que le cercaban i oprimian á no haber hallado medio de salvar el ejército que reclamaba para su defensa la amada patria. Mas lo que hubiera hecho la Romana en aquel apuro podemos colegirlo claramente de lo que hizo luego que entreoyó nuestra generosa resolucion. En vano la perfidia intenta denigrar á la Romana tachándole de adicto á la Inglaterra, á fin de introducir la desconfianza en sus tropas. En vano procura dividir las, destinándolas á largas distancias para precaver hasta lo imposible. En vano se apresura á estrecharle en medio de tenerle cortada toda correspondencia. ¿Oye la Romana que la patria peligrase hasta: nada le detiene, nada le amedrenta, nada le embaraza, todo lo allana. Junta las distancias (1), reúne las tropas, se

1 Siendo así que las tropas estaban repartidas en 30 ó 40 pueblos distantes, á 30 ó 40 leguas de distancia, á las 48 horas estaban ya casi todas reunidas.

apodera de las plazas; i de la noche á la mañana dexa ya su ejército libre del poder de la Francia. Oh! qué volcan! Oh! qué rayo! Confieso, Señores, que no puedo formar idea de este gran suceso: mi imaginacion se pierde al querer combinar extremos tan opuestos. Pienso en el arrojado de Moisés en lance semejante, i me sorprende: miro á Matatías intimando al pueblo celoso de la lei que vaya en pos de él, i titubeo. Los que sabeis por la experiencia quan dificultosa es la marcha de un ejército por pequeño que sea, las prevenciones que requiere, las órdenes i contraórdenes, las disposiciones, los medios, los subsidios, i el aparato que consigo lleva aun quando marcha sin recelo; no podreis menos de graduar esta salida de un gran prodigio, atendidas todas las circunstancias. Rabie pues quanto quiera el astuto Corso, tuerza el cuello el culebrón, i vea mui á pesar suyo que aun hai Dios en Israel, i que su poderosa mano aun está abierta para salvarnos.

Seria no acabar si yo quisiera detenerme ahora en recordaros las incalculables ventajas que nos acarreo tan árdua i singular empresa. Cifraré solo algunas en dos palabras.

El Pirineo que desde el tiempo de Luis XIV se veía allanado i daba á la Francia paso franco para nuestra España, levantó luego su humillada cumbre hasta el cielo; i la gran pared de division que la política de la Francia estaba levantando sin cesar desde entonces, i procuraba redoblar ahora con mas empeño entre la Inglaterra i la España, ha sido derribada al suelo para siempre. Lo diré mas claro: la generosa accion del gobierno británico, que aprovechando los momentos envió sus escuadras para proteger el embarco de aquellas tropas i las condujo con felicidad á nuestros puertos quando menos lo esperábamos, abrió los ojos á nuestros Nacionales, que preocupados con ideas añejas i seducidos con especies napoleónicas, desconfiaban de la sinceridad i buena fe de nuestros aliados; i desengañados por la experiencia de un hecho tan patente como decidido, quedó nuestra nacion tan íntima amiga de la Gran Bretaña, como jurada enemiga de la Francia. Oxalá! hubieran llegado los valientes del Norte dos meses antes; no habria quizá el Tirano cantado la victoria que proporcionándole su nueva entrada en la Corte, le

hizo consentir en tragarse de una vez todo el continente. Pero si el Corso corre, la Romana vuela; i por mas prisa que se da para sorprender á Castilla i penetrar hasta los confines de Galicia, le espera ya allí un Fabio, un Pelayo, un Vasinoton, la Romana que con su táctica original, semejante á la de aquellos héroes inmortales, dexa burlados los proyectos del Tirano, i hace inútiles todos sus esfuerzos (1). Tú lo sabes, Galicia, tú lo has visto; i las públicas demostraciones de gratitud con que le has aclamado tu libertador á la faz del mundo, durarán mientras duraren los siglos. ¿Prosigo aun ó acabo? . . . Invictos campeones compañeros de la Romana en los exércitos aliados, que confesáis á boca llena lo mucho que debisteis á sus grandes luces i exquisitos conocimientos, continuad si os parece el justo elogio de sus em-

1 Era la Romana tan mirado en sus empresas, como asegurado en dar las batallas, segun se refiere de aquellos tres generales; de los quales el último mereció por esta conducta que Federico de Prusia le embiara su retrato con la inscripcion siguiente: *El Rei mas antiguo de la Europa regala su retrato al mayor general del mundo*; elogio que se le dió ahora al Marqués por los generales Ingleses. Véanse los papeles públicos.

presas militares que tanto le engrandecen, mientras que yo para no defraudarle en su fama póstuma, voi á insinuar siquiera algunas de sus gloriosas acciones políticas i civiles. CIDADANO SIN PREOCUPACION.

No entendemos por ciudadano, como cree el vulgo, un hombre hacendado que goza alguna distincion i miramiento en el pueblo por razon de sus conveniencias. Tampoco hablamos ahora de los ciudadanos de clase, que por la antigüedad de su familia, ó por sus méritos personales, han logrado el concepto de nobles. Quédese en fin para aquellos que intentaron igualar hasta los talentos de los hombres, la loca extravagancia de querer honrar á todos igualmente con el nombre de ciudadanos, sin exceptuar aun á los ladrones i asesinos; pues yo no llamaré ciudadanos sino á los nacionales que prefiriendo los intereses comunes á los suyos propios, se hagan acreedores de tan augusto nombre por sus generosas acciones dignas de la patria. Así que el noble, el plebeyo, el labrador, el artista, el facultativo, el militar i el eclesiástico, todos tienen derecho al honroso titulo de ciudadanos, con tal que se

distingan por su celo i por sus virtudes en beneficio de la sociedad. ¿I habrá por ventura quien teniendo ya formada esta noble idea de un ciudadano, dexé de colocar en clase preferente al Marqués de la Romana tan benemérito como acabais de oír por sus extraordinarios servicios hechos á la patria, ya sea como sabio ó ya como militar? Pues entended, Señores, que con el recelo de no seros molesto, no os he querido hablar hasta ahora de su carácter sino por insinuaciones: falta lo principal. El desinterés, la generosidad, la entereza, el celo de la religion, el amor al Rei i el honor de la nacion, este bello conjunto de virtudes sociales forman el carácter del Marqués de la Romana. No lo diga yo: exáminad sus acciones, aun aquellas que os parezcan mas indiferentes, i las hallareis todas análogas con esta idea. ¿No lo veis en su mismo porte, en su trato, en su persona? Vn héroe tan esclarecido por su linage, tan opulento por su patrimonio, i tan distinguido por el lleno de sus honoríficos dictados, no parece en su traje sino un hombre regular i ordinario. Dotado de un corazon magnánimo i

superior á las preocupaciones vulgares, no quiere ser conocido de sus semejantes por el esplendor i predominio que debe á su nacimiento; sino antes bien por su afabilidad i llaneza que le hace accesible á todos, sin desafiarse de la amistad i trato familiar de qualquiera que considera útiles á la sociedad. Es propio de los Grandes que tienen estados por herencia, hacerse reconocer con imperio de los que se llaman sus vasallos, i complacerse de los obsequios i homenajes que se les tributan; mas los de la Romana son tan privilegiados, que si por ventura han logrado la dicha de verle, aunque de paso, en vez de un Señor han hallado un amoroso padre, que á manera de nube benéfica ha derramado sobre ellos una copiosa lluvia de gracias i favores que les ha acarreado la abundancia, llenándoles de vivos deseos de volver á gozar de su amable presencia. Esta generosa conducta que la Romana guardó general i constantemente con todos, se hizo admirar en los ejércitos de un modo que no tiene exemplar en los anales de la guerra. No olvidarán jamas los gefes i principales subalternos del ejército de Mallorca, el magnífico

hospedaje que disfrutaron en las casas propias del Marqués; i la abundante i exquisita mesa que se les sirvió á sus expensas en los catorce meses que duró aquella expedición; i la Galicia abandonada á su suerte en los mayores contratiempos, i reducida á los miserables socorros de dos millones, habiendo consumido mas de veinte i quatro en seis meses, contará á las generaciones futuras que la industriosa generosidad de un ciudadano, cuya espada era el terror de los franceses, supo juntar fuerzas, reunir tropas i mantenerlas para resistir al Tirano, i precisarle á una vergonzosa retirada. ¡Cosa increíble! dirá quizás alguno. ¡Un hombre solo haber hallado medios para tan grande empresa! ya lo entiendo. Los que no creen sino aquello que les lisongea su pasión, ó les parece que está al alcance de sus fuerzas, no es de extrañar que tengan por exágeradas las acciones heroicas de la Romana que acabo de insinuar. Pero, Señores, se habla de un hecho i no como quiera, sino de un hecho público autorizado i que nada tiene de inverosímil. Eh! dadme un ciudadano hombre de valor i pericia militar, de caudales, de cré-

dito, de amigos, amante del soldado, i amado del mismo, celoso, escaso para sí, prodigo para los demas, entusiasmado por el bien de la nacion, un Romana; ¿qué hai que extrañar que un ciudadano semejante logre llevar á efecto tan singulares empresas que ni aun caben en la imaginacion de los débiles?

Bien: sean en buena hora tan heroicos como se quiera los sucesos de la Galicia: ¿quién hai que los haya presenciado? ¿i quién puede atestiguar que se deben á la Romana? ¡Insensatos! negad si así pensais que hubo un Alexandro; negad que hubo un César, porque no los visteis; i negad que hubo un Romana, si negais el crédito que se merecen los públicos testimonios de aquellos naturales. Con todo, Señores, no dexo de conocer que las empresas de la Romana todas llevan en sí mismas el carácter de increíbles; porque á mas de que tales suelen ser las acciones de los héroes, las de la Romana van por lo regular acompañadas de unas circunstancias que las hacen al parecer imposibles. Por exemplo: ¿quién podría ni aun imaginar que en el tiempo del despotismo, quando las respiraciones que no eran del aire del

gobierno se castigaban como crímenes de estado, se atreveria la Romana á ponerse decididamente de parte de la justicia contra las expresas i terminantes órdenes del que era árbitro del poder i de las leyes? Ya podeis entender que hablo del ruidoso lance de las dos fragatas apresadas por intriga en el puerto de Barcelona, á donde fue enviado la Romana de Capitan General para hacerle causa al que lo era entonces, i se suponía culpable en aquella presa. ¡Desgraciado Izquierdo! qué sacrificio se habria hecho de tu honor á no ser por la entereza i constancia del nuevo General! Ah! qué contestacion; qué escrito tan valiente le dirige este al Ministro! ¡con qué energia le habla! ¡con qué resolucion! No diriais sino que era un milord en la cámara de los pares. Pero ¡ó virtud, ó santa ingenuidad, quan grande es el respeto que te mereces! ¿Lo creereis, Señores? La Romana saca miel de la piedra, i aceite del mas duro peñasco. Quando nadie dudaba ya de su ruina, logra una satisfaccion no esperada. La corte aplaude su conducta, i de allí á poco se le honra con la grandeza. ¡O virtud! vuelvo á decir, desterrada entonces de

la sociedad, i restituida á sus honores por este magistrado.

No fue la Romana tan feliz en Asturias, quando revestido de celo al ver que se levantaba allí á toda prisa un trono contra el trono; derribó de un golpe al monstruo de la rebelcion, i restableció el buen orden que deseaban con vivas ansias los leales asturianos. Debo insinuarlo siquiera para que triunfe la verdad i quede confundida la calumnia. La Junta de Asturias habia reconocido la soberania de la Central, i recibia de ella auxilios poderosos; pero en vez de aprovecharse de ellos para defensa de la patria, se trataba como soberana, mandaba como déspota, queria ser obedecida como el Tirano, i se oponia á la expresa voluntad de nuestro amado monarca D. Fernando VII. ¿Cómo era capaz de contenerse el celo de la Romana? ¿Vió con todo de moderacion i prudencia; i logrando renovar sin estrépito los vocales de la Junta, cortó los pasos á la desobediencia que iba sin remedio á parar en una rebeldia manifiesta. ¿Quién no diria que una accion tan sabia i generosa habia de merecer el aplauso i la satisfaccion de los que mas interés de-

bian tener en ella por muchísimos respetos? No obstante, como los malos rara vez dexan de tener valedores, fue sostenido el desorden de la Romana separado, aunque con el oropel de vocal de la Suprema Junta, cuyo destino le habia preparado oportunamente nuestra Ciudad i Reino. ¡O divina Providencia, con qué finura sabes ordenar aun los desaciertos para el bien de los hombres! La Romana, Señores, se retira del mando de su ejército con un género de desaire, i va en derecha á Sevilla á salvar la patria. No hai que dudarle. La Suprema Junta va perdiendo su reputacion mui aprisa, ya sea por el vil influxo de los pérfidos agentes de la tirania, ya por la debilidad de algunos de sus miembros, ó lo que yo mas creo, por ser un cuerpo heterogéneo, falto de organizacion. Pero sea lo que fuere, la misma Junta lo conoce, i trata seriamente de acudir al remedio. Oh! ¡qué variedad de opiniones! ¡qué fermentacion de intereses! ¡qué dictámenes tan opuestos! Habla la Romana con la severidad de un Caton, i luego choca la exclusiva del actual gobierno que sienta como base del nuevo. Pero quan pronto servirá de pau-

ta su sabio voto: Ah! el enemigo tan sagaz como él mismo, atisba, oye, ve la division i perplexidad de la Suprema, i cree que ha llegado ya el momento favorable para realizar sus ideas de ocupar la Bética. ¡O santo Dios! ¡qué lamentos, qué confusion, qué transtorno! Corramos el velo para no ver un espectáculo tan funesto. Atónitos Centrales, ponéos en salvo: seguid á la Romana: asios de esa tabla del naufragio, que os ha prevenido su discreto celo: ese es ya el único remedio para salvaros, i salvar la patria. En efecto, Señores, si los de la Junta en aquel apuro no hubiesen tenido la feliz ocurrencia de seguir i sancionar en el hecho el plan de la Romana; ¿qué hubiera sido de nosotros? Derrotados i dispersos, sin hogares, sin fuerzas, sin caudales, sin gefes, sin gobierno, todos ibamos á perecer sin remedio. Gloria, pues, gloria á Dios, i gracias inmortales al gran Romana, á quien debemos la nueva vida que respiramos. Así es, Señores, así es. Por su sabia discrecion vemos bien organizado nuestro gobierno; por su pericia hemos conseguido triunfos no esperados; por su celo se han estrechado mas i mas nuestras alian-

zas; i por su respeto nos vemos en estado de poder resistir i triunfar al fin, con la ayuda del Señor, del mas cruel de todos los tiranos: Tanto i mucho mas debemos á este gran Filósofo Cristiano, Sabio con discrecion, Militar sin orgullo, i Ciudadano sin preocupacion.

Sabios del siglo, que engreidos con la ciencia de falso nombre, como la llama el Apóstol, creéis poder escalar el cielo con la escasa luz de vuestra depravada razon, i derribar de su solio la verdadera sabiduría; aprended de la Romana á saber con sobriedad i sin perder de vista la brillante antorcha de la revelacion si quereis salir de los errores que os enseñaron los antiguos filósofos, i preservaros como este sabio de la ciega impiedad de los incrédulos libertinos. Militares débiles i afeminados, que sin mas instruccion i sin mas armas que la altanería i el orgullo pretendéis llegar á la gloria de los héroes; imitad á la Romana, si quereis honrar á la Patria como sus valientes soldados, i haceros dignos como él de mandar en los ejércitos que ahora mas que nunca necesita para su defensa. Ciudadanos neutrales, que viendo el gran peligro que amenaza á la pa-

tfia, mirais con una criminal indiferencia los medios de salvarla que os son tan fáciles; seguid el exémplo heroico que os ofrece la Romana, desprendiéndose de sus rentas, olvidándose de su familia, i sacrificando su tranquilidad i su vida para libertarla. Pueblos, Villas, Ciudades que celebrais el tránsito de sus cenizas con mas aplauso que lograron las del Emperador Germánico en el suyo, desde la Siria á Roma; seguidle todos con las armas en las manos, animados de aquel espíritu que os infunden las reliquias del que fue en vida el terror de los enemigos. I vosotros, Ministros del Santuario, que habeis tomado tanta parte en las honras del héroe que peleando por la Religion, por el Rei i por la Patria, llegó á merecer el dictado del mayor General del mundo; redoblad vuestros votos al Dios de los ejércitos, para que ya que tanto le distinguió entre nosotros acá en la tierra, le llene de su gloria entre los ángeles i bienaventurados en el cielo. Amen.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.